

ma á la Marquesa de Butrón, en época no lejana.

—Madrid no es un lodazal. . . .

Cierto que hay en él *algo que huele á podrido*, y esparce por todas partes su mal olor, á la manera que las emanaciones de una pequeña charca se extienden é inficionan toda una hermosa campiña, y tiñen la vegetación salubre con los mismos desconsoladores tintes, de la enferma. Mas este algo podrido, esta charca hedionda, desbordada siempre por la desvergiencia propia y la cobardía ajena, mezclándose con el agua pura y comunicándole en apariencia sus impurezas, habíala ella estancado en casa de la Albornoz, y al quedar deslindados los campos, la lógica de los números metió la mano inexorable *dessus du panier* del gran mundo, y sacó tan solo catorce mugeres perdidas, por ciento veinte mugeres honradas.

Un periódico regañón, hizo sin embargo, de las damas de aquel tiempo, otra subdivisión distinta.

Bastantes buenas.

Pocas malas.

Muchas que siendo de las primeras, se parecen á las segundas.

V.

La noticia cayó como una bomba, y aunque muchos quisieron negarla frente á frente de la evidencia misma, estrellábanse sus negaciones contra un documento oficial, legítimo y auténtico, que había circulado el día anterior por todas las casas de la Grandeza. Era un oficial de la Mayordomía mayor de S. M. en que el Jefe superior de Palacio decía letra por letra y punto por punto, á todos los Grandes de España . . . "Excelentísimo Sr: S. M. el Rey D. Alfonso XII. (q. D. g.) se ha servido señalar la hora de las dos de la tarde del día siete de Febrero, para la ceremonia de cubrirse ante su Real presencia, los señores Grandes de España que al márgen se expresan, etc., etc." Y entre aquellos nombres al márgen expresados, por rigoroso orden de antigüedad inscri-

tos, recordando todos ellos la grandeza de los caracteres, la firmeza de las virtudes, la nobleza de los pensamientos y el valor de las hazañas de que está llena nuestra historia, leíase con todas sus letras, puesto el segundo, el del Exmo. Sr. D. Jacobo Tellez Ponce Melgarejo, Marqués de Sabadell.

El caso era curioso, y los aficionados á investigar la razón última de los actos del prójimo, los inteligentes en escudriñar los puntos oscuros de los más sencillos eventos de las vidas ajenas, los más hábiles peritos en el arte sutilísimo de atar cabos con cabos, encontraron al punto empalmes subterráneos entre el oficio del Jefe superior, y el suelto que habia publicado *La flor de Lis* algunos días ántes. Según ésta susurrábase que cierto personaje de gran importancia, retirado algún tiempo de la política, volvía de nuevo á la arena del combate, seguido de *numerosa mesnada*, y enarbolando en su robusta mano, con honrada independencia, la bandera de Alfonso XII.

Una dama angelical, conocidísima en los altos círculos por su ingenio, su elegancia y su belleza, habíale arrancado en un banquete una confesión explícita, aunque no pública de sus nuevas simpatías dinásticas.

Un ramo de violetas habia sido la ocasión, y un ángel fué el instrumento. ¡Feliz el atleta que entra en la nueva senda bajo tan poéticos auspicios!....

El suelto delataba por lo cursi la pluma de

Pedro López, y el resto de la charla fué descifrado sin más que una leve duda..... En buena hora que Martínez fuese el atleta; ¿pero cómo diablos podía ser Currita el ángel de la adivinanza?.... Uno descifró el enigma.

—De manera muy sencilla.....—También Lucifer lo fué.

Quedaron todos convencidos, y el ministerio de instrucción pública confiado á las lenguas murmuradoras, comenzó á analizar con investigadora atención, el hecho de que se trataba.

Desde luego saltó á la vista de todos una particularidad, por decirlo así, de índole doméstica: Jacobo era tan solo Marqués consorte, y veníanle sus derechos á la Grandeza exclusivamente por su mujer, de la cual estaba separado hacía doce años... Discutióse el punto, y quedó convenido por unanimidad, que el hacer uso de este derecho era, por parte de Jacobo, una verdadera indecencia.

Una vez fallado este punto, pasóse á considerar los hilos diplomaticos que unían la charada de *La flor de Lis*, con el oficio del Jefe superior de Palacio.....

Jacobo habíase afiliado después de la Restauración, en la *mesnada* revolucionaria capitaneada por el atleta Martínez, que tan solo habia reconocido hasta el presente al nuevo monarca, en un banquete privado y bajo el símbolo de un ramo de violetas, presentado por un ángel no inscripto en las jerarquías ce-

lestiales ... El hecho, pues, de presentarse el Marqués consorte en Palacio, indicaba à las claras que el buey Apis, su jefe, daba otro paso adelante, enviando un fiel explorador à la fértil tierra de la Mesopotamia

El hecho resultaba evidente, y quedó también convenido que el caso, sin dejar de ser una indecencia, era al mismo tiempo un acto político: cosas ambas que según dictámen de peritos, podían aunarse y darse las manos en amigable consorcio, como se las habían dado ya el atleta, el ángel y el ramo de violetas.

Otro tercer problema apareció al punto sobre el tapete, como consecuencia legítima del primero, y secuela irremisible del segundo.... ¿Quién sería el padrino que presentase al héroe en la corte?... ¿Quién tendría valor suficiente para apadrinar una indecencia, y correr los futuros contingentes de un avance político?.....

Era tradicional costumbre entre los Grandes que habían de cubrirse, convidar para ser apadrinados en la ceremonia, à aquel otro Grande ya cubierto, que de cerca ó de lejos fuese el jefe de la familia, y éralo de la de Sabadell, el anciano Duque de Ordaz, prototipo de honradez y de nobleza....

Los olfatos más diestros en aquello de seguir la pista à un enredo, pusiéronse al punto en movimiento, y à poco quedó averiguado que Jacobo había tenido la desfachatez de convidar al viejo Duque, y el noble anciano el

decoreo de negarle la demanda. La incógnita quedó, pues, sumida en el pozo del misterio, sin que lograsen sacarla à flote los retorcidos hilos de la conjetura: una esquelita litografiada que vino siguiendo paso à paso al oficio de Palacio, encargóse dos días después de tirar de la manta: los curiosos batieron palmas:

¡Albricias, albricias!
Padrino tenemos....

En la esquila decia: “El Marqués de Villamelón y de Paracuellar, Conde de Albornos y de Caltañazor, suplica à V. E. se sirva asistir a la ceremonia de cubrirse de Grande de España el Excmo. Sr. D. Jacobo Tellez-Ponce Melgarejo, Marqués de Sabadell, de quien es padrino, para cuyo acto se ha servido S. M. señalar el día siete de Febrero de mil ochocientos setenta y ocho à las dos de la tarde, en su Real Cuarto.”

El éxito sobrepujó à la expectación, y añadióse al caso, *nemine discrepante*, otro tercer carácter..... Sin duda era una indecencia, de cierto era un acto político, y de seguro prometía ser un sainete chistosísimo.

El día amaneció nublado, era el viento muy frío, y gruesos copos de nieve comenzaron à caer entrada ya la tarde, cual espesa lluvia de jazmines. Un gran landó desembarcó entonces como un rayo por la derecha del Real,

describió un rápido semicírculo en torno de la Plaza de Oriente, y se detuvo frente á Palacio, en la puerta del Príncipe, de repente, en firme, con una de esas paradas maestras con que sólo la ferrea mano de Tom Sickles sabia sujetar un tronco sin destrozarlo. Su cara de remolacha aparecía en efecto en lo alto del pescante, zambullida en enorme cuello de pieles, y su cabeza cuadrada quedó al descubierto, cuando saltando Fritz del asiento como empujado por un resorte, abrió la portezuela tieso, acompasado y expedito, como verdadero lacayo elegante y correcto.

Asomó entónces por la portezuela un sombrero de tres picos con plumas blancas rizadas, y luego un zapato de charol con hebilla de oro, y una pantorrilla bien rellena, calzada con media de seda blanca. Sonó después dentro del coche un—¡¡¡Berrr!!!—formidable, vehemente y angustioso, como el del que se arroja á un estanque de agua helada, y apareció al fin uniendo aquellas extremidades un magnífico abrigo de pieles de marta que envolvía al Marqués de Villamelón, vestido de gran uniforme. Hubo un momento de pausa, en que Fernandito daba pataditas en el suelo, diciendo con grande impaciencia: ¡Vamos!....

Apareció entónces la formidable cabeza del buey Apis, y á poco, el Excmo. Martínez de cuerpo entero estaba á su lado, envuelto en su levitón, y con su inseparable garrote en la mano. Otra pequeñita oculta bajo un guante

oscuro asomó entónces por la portezuela, posóse en la de Villamelón, y sin tocar casi en el estribo, vióse saltar en tierra la elegante figura de la Marquesa de Valdivieso.

Hubo una nueva pausa, hubo nuevas pataditas de Fernandito repitiendo—¡Vamos!—y apareció entonces muy despacito la roja cabecita de la Albornoz, engarzada en un sombrero negro: recorrió con rápida mirada los varios coches detenidos á uno y otro lado de la puerta de Palacio, y bajó después lentamente, mirando siempre en torno suyo, y diciendo al cabo muy disgustada:

—Pues no ha venido todavía.

—¡Si no tiene formalidad ninguna!—replicó Villamelón muy impaciente. Apuesto que llega tarde. ¿Sabes?.....

Y como si el reloj de Palacio quisiera aumentar su zozobra, dió en aquel momento la una y tres cuartos. Villamelón ofreció el brazo á la Valdivieso para subir la gran escalera, y Currita subió detrás apoyada en el del buey Apis. Por el ramal opuesto, subía al mismo tiempo un viejo gordo, con la barba blanca muy recortada, hablando vivamente con otro viejo flaquito, muy atildado y pulcro: el gordo vestía sencilla levita abrochada, y el flaco uniforme de teniente general, con sus accesorios de gala.

Al verles Currita apretó vivamente el brazo del buey Apis, diciéndole muy por lo bajo:

—Mire V. quien va allí, Martínez...—Gallego, el Ministro de Gracia y Justicia.....En

cuanto le vea á V. se asusta.....¡Anda! ... ya nos mira.....¡Qué delicia!.....De fijo que esta noche se declara en el Gabinete el crisis....

La presencia del buey Apis produjo en efecto honda impresión en el viejo gordo designado por Currita como Ministro de Gracia y Justicia; detúvose un instante sorprendido, llama la atención de su compañero, y dialogaron breve rato, él como extrañado y suspenso, el otro como asombrado de su extrañeza.

La cosa íbase formalizando: desde la caída de Amadeo no había entrado Martínez en Palacio, y su presencia allí en aquel momento, aunque fuera sólo como curioso, prestaba al acto de Jacobo una sanción pública que acrecía su importancia. El Excelentísimo Martínez, mirando de reojo al Ministro, manifestó deseos de conocerle: Currita no le dejó acabar.

—Pues nada más fácil...—Ahora mismo: ya verá V.....

Y contestando con un gracioso saludo al profundo que ya en lo alto de la escalera le hacían los dos viejos, dijo de pronto:

—¡Gallego!...—Un momento.....Tengo que pedirle á V. un favor...Necesito una cruz sencillita...una encomienda de Isabel la Católica ó de Carlos III. cualquiera cosa...Se casa un chico de mi apoderado de Granada, y quisiera hacerle ese regalito...Es un poquito vanidoso, y le gusta colgarse dijese...Con que le mandaré á V. una notita...¿Eh, Gallego?...

Y luego, de repente, como cayendo en la cuenta:

—¡Ay, por Dios, dispésemel!...—¿No conocía V. á Martínez?... Martínez... el señor Fernández Gallego, Ministro de Gracia y Justicia.... Mi buen amigo, D. Juan Antonio Martínez.....

Saludáronse ambos personajes con gran cortesía, y Currita, con el airecillo de princesa de los Ursinos, propio de las mujeres cuando juegan en público á las muñecas con los hombres públicos, comenzó á caminar entre ellos hacia la puerta de la Saleta. Allí la esperaba Villamelón, nervioso, azorado, impaciente, mirando sin cesar hacia la entrada de la escalera.....

—Pero, Currita, por Dios, te quedas parada por todas partes.—¿Sabes?... ¿Y Jacobo, no ha venido?... De fijo que llega tarde..... Tú busca un buen sitio y llévate á Martínez. ¿Me entiendes, Curra?... Con esa calma, ni vas á oír á Jacobo, ni me verás á mí tampoco... ¡Anda!.....¡las dos ya en Palacio!.....¡Se acabó! Me deja plantado: ahora sí que llega tarde.....

Y tarde y apresurado llegaba en efecto Jacobo en aquel momento por el extremo de la galería, airosamente terciada la blanca capa de santiaguista, con que encubría su pintoresco uniforme de maestrante de Sevilla.

Villamelón no le dejó respirar: apenas si pudo cruzar una cariñosa sonrisa con la dama, un apretón de manos con Martínez, y el impa-

ciento padrino tirando de él á la rastra, llevóselo por la puerta de la Saleta. Esperaban allí los Grandes que habían de cubrirse, y los que habían de apadrinarlos, formando un brillante conjunto de vistosos y variados uniformes, entre los que se destacaban las negras manchas de alguno que otro frac de severo é irreprochable corte.

Mientras tanto, disponíase en la antecámara la aristocrática ceremonia, instituida en rigor de verdad por el emperador Carlos V. cuando limitó el privilegio de cubrirse ante el Rey, común antes á todos los títulos, á doce Grandes de España, que se llamaron desde entonces *Grandes de primera clase*, y fueron los Duques de Medinasidonia, Alburquerque, Infantado, Alba, Frias, Medina de Rioseco, Escalona, Benavente, Nájera, Arcos, Medinaceli y el Marques de Astorga.

De entonces acá apenas ha variado esta ceremonia, que acostumbra celebrarse, como la mayor parte de los actos de etiqueta, en la antecámara de los reyes.

Forma esta pieza un vasto cuadro, de severa magnificencia, cuyo techo, pintado por Maella, representa una alegoría capaz de infundir pavor á todos los grandes personajes que por allí pasan, destinados á figurar en la historia; la Verdad, descubierta por el Tiempo. Entrando por la puerta de la Saleta, á brense á la derecha dos balcones que dan á la Plaza de la Armería, á la izquierda dos

puertas que llevan á los aposentos interiores, y al frente una mampara que comunica con la cámara.

Hállase tapizada toda la pieza de rica tela azul muy oscura, con grandes flores de lis, y las iniciales A y B entrelazadas y realzadas en terciopelo: cuatro grandes retratos de Carlos IV y María Luisa, Fernando VII y la reina Amalia, ocupan los huecos correspondientes á uno y otro lado de las puertas de la cámara y la Saleta. Alrededor de los muros hay banquetas de la misma tapicería que cubre á éstos, y cinco soberbias consolas de mármal y bronce, sosteniendo candelabros y bustos de Isabel II y Francisco de Asis, Felipe V. y Fernando VI.

Entre los dos balcones, sobre una de estas consolas y frente á una chimenea de mármal jaspeado que corona un colosal espejo, vése otro gran busto de Carlos III, cubierto por el manto real, la armadura ricamente cincelada.

Hallábanse abiertas todas las puertas de la antecámara, excepto la de la Saleta, y apiñábanse detrás de las cortinas las familias y amigos de los Grandes, deseosos de contemplar el señorial espectáculo. Ante la puerta de la cámara, veíase una mesa cubierta por rico paño de terciopelo granate, y un gran sitio destinado al Rey.

A las dos en punto entró éste por la puerta de la cámara, seguido del Mayordomo mayor, el Grande de servicio, los ayudantes y todos

los Grandes ya cubiertos: vestía el Rey el uniforme de Capitán general, y traía el tricordio en la mano. Sentóse y cubrióse y los Grandes se cubrieron y quedaron de pie, á uno y otro lado de la Saleta.

Iba á comenzar la ceremonia.

El Secretario de la Real Estampilla, destinado á dar fe del acto, abrió entónces la gran puerta de caoba maciza, y dijo anunciando:

—Señor...—El Marqués de Benhacel

Era este el Grande que como más antiguo, debía de cubrirse primero: entró entónces un jóven, dando la mano derecha á un anciano, y la izquierda al Mayordomo de semana que estaba de servicio. Vestía el jóven el uniforme de gala de capitán de artillería, y el viejo, decrepito y encorvado, el de Almirante de la Armada, con todo el pecho lleno de cruces: era el Duque de Algar, abuelo y padrino en aquella ocasión del jóven Marqués que iba á cubrirse. Traía el viejo el tricordio puesto, y traía su ros en la mano el jóven, dejando al descubierto una cabeza enérgica y muy española, un poco tostado el rostro por el sol, con ojos negros y vivísimos, que parecían retratar el temple de acero de una raza de valientes.

Su entrada fué magnífica, y un murmullo de respetuosa simpatía acogió á la ilustre pareja, que apareció en la puerta, apoyada en la juventud la vejez, como una esperanza evocando un recuerdo, como una alegoría de la experiencia conduciendo de la mano al valor, á

depositar una espada sin mancilla en las gradas del trono.

En el dintel mismo de la puerta hicieron ambos la primera reverencia de corte, en el centro del salón la segunda, y frente á frente ya del Rey, la última: saludaron después á los Grandes colocados á derecha é izquierda, y estos contestaron al punto quitándose los sombreros.

El viejo Duque y el Mayordomo hiciéronse entónces un paso atrás, y quedó solo el Grande novicio en mitad de la sala. El Rey, haciendo un saludo militar, dijo:

—Marqués de Benhacel, cubrios y hablad.

Cubrióse en el acto el Marqués, y dirigiéndose al Rey, pronunció un breve discurso, en que según la costumbre trazó á grandes rasgos la gloriosa historia de su familia, que comenzaba en aquel Fortun de Torres que peleó con Alonso el Sabio, y murió en el Alcázar de Jerez, agarrando con los dientes la bandera de su rey, por no poderla ya sujetar ni defender con sus dos manos mutiladas.....

La voz del artillero tímida y entrecortada al principio, fuése poco á poco vigorizando cual si aquellos hechos gloriosos encontraran en su corazón eco suficiente para imitarlos, y cuando llegó á describir un episodio de Trafalgar, que llamó último timbre de su familia, su acento vibraba con esas misteriosas inflexiones del sentimiento que parecen elevar al orador á una esfera más alta, presentándole no

sólo facultad para persuadir y fuerzas para conmovér, sino hasta derecho para mandar...

Gravina agonizaba en la cámara, y el navio *Príncipe de Asturias* volvía á Cadiz desmantelado, al mando de un hombre que entró en el combate con tres hijos y volvía á su hogar con uno solo, el mas joven, guardia marina de pocos años. La tempestad arreció al promediar la noche, y fué necesario picar un palo, que quiso la desgracia quedase sujeto por un cable á la cofa haciéndole escotar con riesgo cierto de hundirse: tres gavieros subieron uno tras otro á cortar el cable, y á los tres los arrebató la borrasca y los sepultaron las olas.

Entónces, aquel hombre de hierro que vió á la diezmada tripulación temblar ante la horrible obediencia, volvióse á su hijo, único que le quedaba, ídolo de su corazón y esperanza última de una gran familia, y dijole tan solo:

—Señor guardia marina...—A V. le toca.

El niño, con el bacha entre los dientes, trepó hasta la cofa, y porque la Virgen Maria le ayudó, cortó el cable.....

Y en medio de ese profundo silencio que ata las lenguas y humedece los ojos, cuando lo sublime embarga el corazón y levanta el pecho con el temblor de un sollozo, volvióse Benhacel lentamente al viejo Duque, y añadió mostrándolo:

—Aquel guardia marina niño, era mi abuelo: el héroe, era su padre.

—El mío—prosiguió con una voz en que se notaban dejos del llanto, sirvió también á su

rey en la Armada real, hasta el año sesenta y ocho.... en el mes de Septiembre, se arrancó los entorchados y rompió su espada.....Yo, Señor, desenvainé la mía por primera vez en la batalla de Alcolea, y fiel á las tradiciones de mi raza, vengo a ofreceros hoy como Grande, lo que ya os di como soldado ...

Y al llevar, diciendo esto, la mano derecha á la empuñadura de la espada, vieron todos que le faltaban en aquella los dos dedos de en medio. Un casco de granada se los arrancó en Alcolea.

Benhacel calló, y en medio del homenaje más grande que pueden prestar la admiración y el respeto, el silencio, descubrióse, hincó una rodilla en tierra, y besó la mano del Rey: saludó después á los Grandes de una y otro lado, y acompañado de su abuelo, fué á colocar entre ellos. El viejo lloraba como un niño; uno le dijo:

—¡Llora el Almirante, y no lloró el guardia marino!....

Por desdicha no acabó aquí la ceremonia; el Secretario de la Real Estampilla abrió de nuevo la puerta de la Saleta, y tornaba á anunciar:

—Señor...—El Marqués de Sabadell.

El sainete comenzaba, y apareció entónces Villamelón, solemne, imponente, erguida la cabeza, tieso el rostro ya algo panzudo, trayendo de la mano á Jacobo, que ofrecía el tipo de hombre más hermoso, elegante y señoril que pudiera imaginarse. Ajustaba su airoso

talle la casaca encarnada de los maestrantes de Sevilla, con sardinetas y charreteras de plata, y cruzaba su pecho de un lado á otro, una de esas grandes bandas que se crean para premiar el mérito y fomentar la virtud, y se usan para satisfacer vanidades ó adornar buenos mozos; el calzón de punto blanco ceñ a la bien formada pierna, y la alta y charolada bota y el tricornio con finísimo penacho blanco, completaban aquel pintoresco traje.

Cumplido el ceremonial, Villamelón abandonó la mano de su ahijado, y quedóse atrás en actitud señorial, pero estudiada, contemplando estático las grandes narices de Carlos III que tenía frente á frente, mirando de cuándo en cuándo con el rabillo del ojo á uno y otro lado, y diciendo para sus adentros:

—Mucho me miran... — Debe de estar hermoso.

Quedó Jacobo solo en medio de la antecámara, un poco cortado; más al sentirse blanco de una atención que hartó comprendió él no serle benévola, crecióse su orgullo y despertó su natural audacia, y lanzó en torno una mirada que quiso hacer altiva y fué solo insolente, quiso hacer serena y fué solo provocativa.

Los curiosos se apiñaban tras las cortinas, y Currita, en primera fila, devoraba á Jacobo con la vista; Martínez, á su lado, estrujado casi contra el quicio mismo de la puerta, no podía verle, más prestaba oído atento lleno de

ansiedad, mordiendo con la cabezota baja el puño de su garrote.

Tras la mampara de la cámara, á espaldas mismas del Rey, sentíase el crujir de algunos trajes de seda; díjose después, que desde allí había presenciado la Reina la ceremonia.

Las Grandes alargaban las cabezas ansiosos de oír á Jacobo..... Acababan de ver retratado cual en un espejo en el discurso de Benhacel lo que debe de ser un Grande, lo que significa aquel lema de la antigua hidalguía *noblesza obliga*, que no exige ciertamente que cada título de Castilla sea un génio, ni cada Grande de España un héroe, ni cada apellido ilustre un santo; porque ni el génio se hereda, ni la inteligencia se vincula, ni el heroísmo es un pergamino, ni la santidad un mayorazgo. Pero que exige é impone con la fuerza imperiosa de un deber de conciencia, la obligación de considerar en la Grandeza un *cargo* á la vez que un *honor*; de servir de ejemplo en los pensamientos, en las palabras, en las acciones y en las costumbres; de sostener la dignidad de las glorias que representa; de echar como Breno, el peso de la espada ó el peso de la inteligencia en la balanza en que oscilan la ruina y el esplendor de las naciones; de sentir algo más que voluptuosidades; de querer algo más que placeres; de saber defender un trono cuando se hunde, como en España el sesenta y ocho; de saber morir con un rey cuando le degüellan, como en Francia el noventa y tres...